

Iluminados y ConVersos

Suplemento de PUEBLO dedicado a la cultura

Coordinación: Eduardo G. RICO

Ha estrenado Fernando Arrabal

Por Luis ALMANSA

La crítica que este periódico publicaba ayer se refería al horror que podía producir la comedia de Fernando Arrabal «El rey de Sodoma», estrenada, después de muchas incidencias técnicas, no sé si por culpa del autor o del director, en el teatro María Guerrero, perteneciente al Centro Dramático Nacional. Yo estuve en el estreno y es cierto que hubo aplausos a raudales. Y me pregunto: ¿para quién? Como no fuera para José Luis Pellicena y Yolanda Farr, que bien se merecieron esas ovaciones y un homenaje mayor por el tremendo esfuerzo de representar lo irrepresentable, no hubo ninguna razón para que los espectadores se manifestaran entusiasmados. Más bien creo que funcionó la «claque» y que los demás siguieron el proverbio de «donde va Vicente...».

Arrabal, que viene aquí a tratar de ser la gran figura del cambio, del desconcierto, de la revolución teatral, de la rebelión contra las convenciones, de la lucha contra los usos dramáticos burgueses, es más viejo que el más veterano de los espectadores. Arrabal, su crítico lo decía ayer, no ha conseguido superar los años veinte —y nació en los treinta— y París se le indigestó de tal manera que lo ha dejado baldado, según todos los indicios, para siempre.

Que a Arrabal se le aparezca la Virgen María y, si él quiere, toda la corte celestial, es cosa que aquí a nadie deja con la boca abierta. El de Ciudad Rodrigo se olvida de que tenemos un pintoresco Palmar de Troya en el corazón mismo de la tierra que ha dado más votos a los socialistas, y que tanto Lourdes como Fátima están a nuestra vera. Aquí hay milagrosos para todo.

Los hubo en otras épocas. Eran los arbitristas que siempre disponían de recursos singulares para resolver nuestros problemas nacionales. Los milagrosos, por así denominarlos, forman parte no sólo de nuestra historia nacional, sino casi de nuestro paisaje. La contrarreforma, quizá, nos libró de luteranismos y otras herejías, algunos dicen que por desgracia, pero nos introdujo de rondón a esta especie de gentes que ven una Virgen, con mayúscula, en cada esquina.

Que Arrabal aparezca de pronto en un congreso de la CNT —con todo el pasado de la CNT y también con su presente—



¡Qué horror!

para recomendarles el uso de la oración e invocarles a todos los santos del cielo a estos luchadores obreros, es ya cosa de verdadera sorpresa. Sorprender la ingenuidad de los cenetistas, ya es decir. ¿Qué opinarían los viejos fundadores de la que fue central obrera más fuerte de la historia social española?

Pero ¿quién es este Arrabal de tanta osadía? ¿Un tímido que se arropa en su propia audacia? ¿Un simple caradura aprovechado? ¿Un rebelde surrealista que llegó tarde? A nuestro turismo seguramente le convengan muchos Arrabales. Pero no a nuestro teatro. Aquí está el centro de la cuestión: que Arrabal acaba de estrenar un espectáculo donde no hay nada de nada, como no sea el inaudito esfuerzo de dos primeros actores. Nada de nada. Por favor, que no se busquen justificaciones hegelianas —la relación amo-esclavo, la infancia del autor, etc.— para dar por legítima la representación de «El rey de Sodoma». Hoy, los psiquiatras arreglan —o desarreglan, pero los tratan— estos problemas de origen infantil. No creo que haya espectador capaz de encontrarse en ellos.

Si hubiera la imaginación y la ternura que hubo en aquel jovencito que empezaba y tuvo que marcharse por las desfavorables condiciones de entonces? Pero a ese jovencito lo enloquecieron en París, lo volvió tarumba la publicidad, lo tornó paranoico, seguramente incurable, una frustración profunda. En fin, que cada espectador haga su diagnóstico.

Lo que resulta intolerable es su inclusión en la programación del Centro Dramático Nacional y en un teatro que dirige el seguramente mejor de nuestros directores, José Luis Alonso. Los fondos del Ministerio de Cultura, tan estimados en otras empresas de fuste más importante, han ido a parar esta vez a una aventura descabellada, y además profundamente aburrida y sin ninguna calidad. Lo malo es que, sin querer, le estamos haciendo el juego al autor, encantado de escandalizar. Pero no hay escándalo en estas palabras, sino indignación. Cuando hay tantos autores jóvenes sin estrenar —algunos se han hecho viejos de tanto esperar—, llega Arrabal, se le aparece la Virgen, se declara contrario a la ideología de quienes lo patrocinan, dice que todos somos comunistas y estrena a lo grande.

Su próximo escenario debe ser el Palmar de Troya.

Los poderes culturales (II)

Las preferencias electivas no surgen por generación espontánea. Las corrientes culturales no funcionan por su propia fuerza interior. Nada en la literatura se produce gratuitamente. Cualquiera que tenga dedos de frente lo sabe muy bien. Hubo un «garcilacismo» generosamente amamantado y una novela social-realista que actuó dentro de un proyecto político, por citar dos ejemplos alejados en el tiempo. Se sabe que hasta las frivolidades de la moda están sometidas a un vaivén que no es caprichoso.

Hay unos poderes culturales que bien actúan en la sombra, bien a la plena luz del día. Y no hay arte que se salve. Hace pocos meses, cuando gobernaban los centristas, un grupo de gentes del teatro gentes jóvenes, apostrofaron a la entonces ministra sobre su falta de protección, su orfandad. Los poderes culturales —en

este caso, uno de ellos, aunque no el más decisivo, bien es verdad— los habían dejado solos.

El tema exige un prolongado desarrollo que hoy el espacio nos impide abordar. Seguiremos con él en próximos números del suplemento. Pero, por lo pronto, enumeremos como anticipo algunos de estos poderes que hacen y deshacen prestigios, corrientes, movimientos, estilos. Y deciden el destino de tantas y tantas vocaciones.

Primero están las grandes instituciones, empezando por las oficiales. El Ministerio de Cultura y sus múltiples dependencias, directas o indirectas. Seguidamente, las instituciones, no menos grandes —y generalmente más poderosas— que gobiernan muy distintas manifestaciones culturales: la Fundación March, la Caixa, las cajas de ahorros, los bancos, por poner los ejemplos más notorios.

En tercer lugar, la industria misma: las grandes edi-

toriales y las galerías de arte. Las grandes editoriales, que son escasas, se reparten los autores, deciden las preferencias resuelven según criterios que unas veces son económicos y otras políticos. No hablemos de las grandes galerías: cada una de ellas tiene sus pintores. Hay relaciones multinacionales y algunos de estos pintores han firmado contratos con las galerías de mayor prestigio de Londres y Nueva York.

En cuarto lugar, el papel de algunos críticos. Este papel no funciona de manera autónoma. Está condicionado por la importancia de la publicación —especializada o general— en la que desarrolla su labor.

En este tiempo en que la «temporada» se termina, bien está revisar la acción de estos poderes, su influencia real, el campo en que operan. Y también si estas estructuras en tiempos de «cambio» pueden tener algún remedio.



Poetas nuevos: J. M. Plaza

Dulce ambición

Quisiste que te hiciera más caso que a las rosas. Y te quité el vestido, los pelos, las uñas, los prejuicios, la vanidad y la sonrisa. ¡No te quejes!... ¡A las rosas sólo les arranco las espinas!

Tiempos difíciles (1980)

Tengo una amiga con tres empleos (de periodismo, claro) dos tetas (pezones incluidos, sugiero) y un coño sobre sus piernas imberbes (es de imaginar)... Yo, si tuviera que elegir, si pudiese,

me quedaría, sin duda, con uno de sus empleos. Me doy asco. Lo sé. ¡¡Qué bajo hemos caído!!

Cara y (que) cruz

Nunca me pudo olvidar, fui impúdico con ella y la olvidé

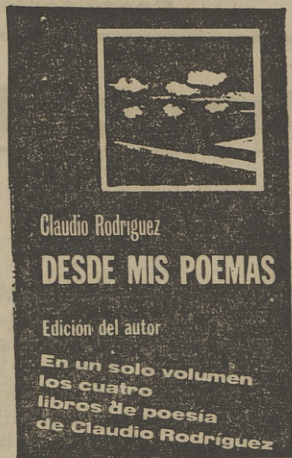
HA publicado «Pequeña historia sagrada» y tiene en su cajón dos trabajos, por el momento inéditos, que saldrán con los títulos «Miaulularia» y «La masacre del primer amor y de los siguientes». Ironía e ingenuismo se aúnan en estas brevisimas composiciones, algunas provocativas, otras escépticas.

Iluminados y ConVersos

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

¿El mejor?

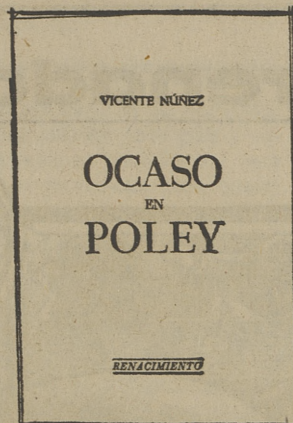
«Desde mis poemas», de Claudio Rodríguez, Ed. Cátedra



LOS cuatro libros de poesía publicados por Claudio Rodríguez, «Don de la abriedad», «Conjueros», «Alianza y condena» y «El vuelo de la celebración», aparecen reunidos en un solo volumen editado por Cátedra, esta vez sin los habituales comentarios de Gustavo Domínguez. Claudio Rodríguez ha pasado, durante mucho tiempo, por ser el poeta de mayor calidad de su generación, la que se revela a partir de los años cincuenta. Ni abrazó el «compromiso», ni se dedicó a la lírica evasiva. Escribió, desde los diecisiete años, muy pegado a la realidad de su tierra castellana. El encabezó, sin embargo, todo un movimiento poético que tuvo en Ángel González, Gil de Biedma, Caballero Bonald y algunos otros, a sus más destacados representantes. Júzguesele ahora, al cabo de tantos años.

Confusión en la poesía

«Ocaso en Poley», de Vicente Núñez, Ed. Renacimiento



POR dónde va la poesía española? Sus caminos son inciertos. Unos poetas se escapan por la vía intelectual —«intelectuosa», dice un crítico amigo— sin gran cuidado por la forma. Otros, tratan de renovar a fondo el viejo surrealismo, como Blanca Andreu. Están los de siempre, ya académicos en su mayoría y, quizá por ello, poco creadores. Hay, por otra parte, el renacimiento de un nuevo sentimentalismo, con un gran cuidado formal. Puede ser ésta la línea en que debamos incluir a Vicente Núñez, que por «Ocaso en Poley» recibió el Premio de la Crítica, sin duda, el más prestigioso entre los cientos que se reparten cada año. Núñez es un cordobés al que recordarán por su actuación en la revista «Caracola». «Ocaso en Poley»: un buen libro.

El creador de una mujer

«Penagos», de A. M. Campoy, Ed. Espasa Calpe



ESTE era un libro esperado y A. M. Campoy ha acertado en el intento. Se sabe lo que significó Rafael de Penagos durante toda una época. El fue, en efecto, tal como se le ha presentado, el creador de un tipo de mujer que caracterizó a todo un tiempo. Se produjo en su caso la dialéctica entre el creador y la realidad, entre el tipo de figura adecuado a unas condiciones determinadas, y esas mismas condiciones. Rafael de Penagos, un dibujante excepcional, está visto desde la certera perspectiva de un crítico, A. M. Campoy, que lleva la compañía de un prologuista de excepción, Enrique Lafuente Ferrari, y un epílogo de primera fila, el periodista y escritor Luis Calvo. La edición es lujosa y espléndida.

Una crónica terrible

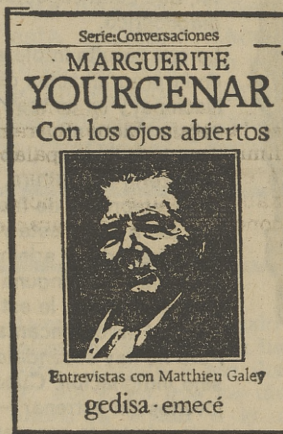
«Libano: crónica de una guerra civil», de Domingo del Pino, Arjos Vergara



Diecinueve religiones y un solo cementerio. Este lema, que utiliza la publicidad del libro, sintetiza una terrible realidad. Libano, una nación producida por los encontrados intereses imperialistas en Oriente Medio, no ha dejado de salir en los periódicos en los últimos años, y siempre por sucesos sangrientos. Por otra parte, Libano se convirtió, durante muchos años, en el refugio natural de los palestinos expulsados de su tierra por los judíos, en virtud de tratados ajenos a ellos y a sus intereses. Estas y otras causas —las religiosas, por ejemplo— originaron una terrible guerra civil, cuya resolución aún no está zanjada. Este libro clarifica la situación libanesa y revela al gran público realidades desconocidas de esta desgraciada tierra.

Saber mirar

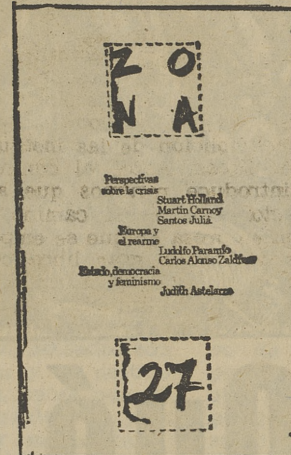
«Con los ojos abiertos», de Margarita Yourcenar, Gedisa-Emecé



UN libro de conversaciones con la escritora que más atención ha recibido del público español a lo largo de un año. Durante meses, dos de sus libros, «Las memorias de Adriano» y «Opus Nigrum» —una maravilla de traducción, por otra parte— figuraron en las listas de los libros más vendidos en lugar muy sobresaliente. Estos diálogos que aquí se reproducen, sostenidos durante un tiempo prolongado con Matthieu Galey, y que han recibido un acertadísimo título, «Con los ojos abiertos», recogen las opiniones de la escritora belga, con toda clase de matizaciones, sobre la vida, el arte de escribir, la política, América, la muerte de Dios, el feminismo, la inteligencia, el método utilizado para escribir y reescribir todos los libros cuidadosamente elaborados, como se sabe. Un libro de memorias, por así llamarlo, ameno e inteligente.

El regreso de "zona"

«Zona abierta», número 27, Continuación de «En teoría»



ES muy posible que los promotores de «Zona abierta», la inicial, que empezó a salir en 1974, en la agonía de la dictadura, y después se convirtió en una publicación más ambiciosa —«En Teoría»— hayan creído ver una nueva oportunidad en el triunfo socialista, de octubre para establecer de nuevo la acción de clarificación teórica llevada a cabo por la revista. Como quiera que sea, aquí tenemos ya el número 27, después de un salto de tres años, dirigida por Jorge M. Reverte y Ludolfo Paramio, como en los primeros tiempos, y con nuevas e interesantes aportaciones, especialmente extranjeras. Sobre la crisis escriben Stuart Holland, Martin Carnoy y Santo Juliá, este último, uno de nuestros más importantes jóvenes historiadores.

Un artista discutido

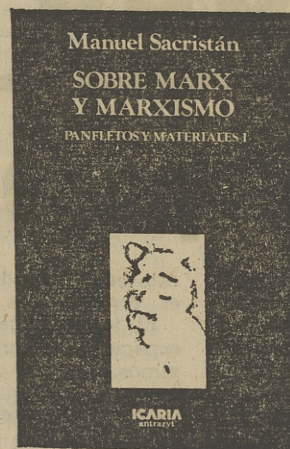
«Los Cuadernos del Norte», Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



UN número extraordinario de «Los Cuadernos del Norte», que con tanta inteligencia dirige Juan Cuello Alas, acaba de aparecer: es el dedicado a Joan Miró. El pintor está visto desde múltiples perspectivas. Hablan de él los amigos más antiguos de París, como Michel Leiris, hasta un escritor español joven como M. Antolin Rato, o un poeta como Pere Gimferrer. Sobre Miró se han formulado los juicios más dispares. El que esto escribe ha oído a pintores de sólido prestigio censuras radicales sobre su obra. También, a otros, elogios sin duda desmedidos. Bien, pues juzguen ustedes a través de esta colección de análisis y opiniones, de recuerdos e impresiones personales que «Cuadernos del Norte» nos ofrece.

El marxismo de Sacristán

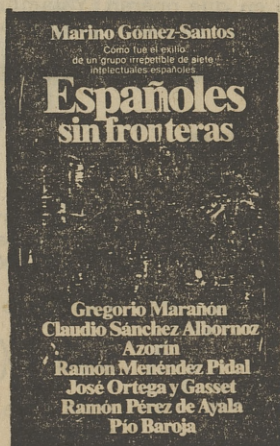
«Sobre Marx y marxismo», de Manuel Sacristán, Ed. Icaria



LOS que siguen la evolución de la filosofía marxista en España conocen muy bien las vueltas y revueltas del pensamiento de Manuel Sacristán, el más destacado de sus cultivadores, como profesor, traductor, autor y editor. Su revista «Materiales», convertida luego en «Mientras tanto», marcó un nuevo rumbo en ese pensamiento, en un intento de incorporación de los nuevos movimientos marginales. A Sacristán le ha acompañado siempre una minoría fiel. Ahora publica lo que él llama «Panfletos y materiales», que son textos redactados entre 1959 y 1978. Constituye el libro, en realidad, una recuperación de escritos desparramados en revistas, prólogos, conferencias, etcétera. La relación entre las ciencias positivas y el pensamiento marxista podría suponer la columna vertebral de estos trabajos.

Un asturiano sin fronteras

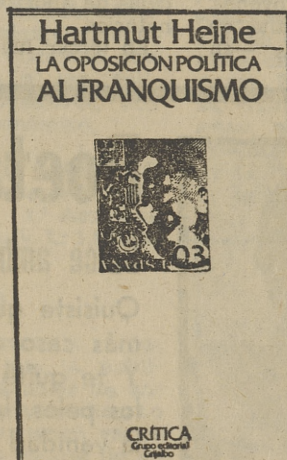
«Españoles sin fronteras», de Marino Gómez Santos, Ed. Planeta



ASI es Marino Gómez Santos, como su título. No conoce fronteras. Como escritor y periodista no tiene límites. Con un estilo ameno y depurado, aborda toda clase de temas, generalmente biográficos. Como ejemplo de su amplia gama de posibilidades, aquí tenemos, recién salido del horno, «Españoles sin fronteras», que constituye un estudio de la vida en el exilio de siete de los grandes escritores de este siglo: Gregorio Marañón, Claudio Sánchez Albornoz, Azorín, Ramón Pérez de Ayala, Pío Baroja, Ramón Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset. Gómez Santos no se limita a relatarnos la odisea por tierras extrañas de estos hombres, sino que también hace especial hincapié en la relación, muy estrecha, que hubo entre ellos, mientras duró su exilio. Un libro bien escrito y de gran interés.

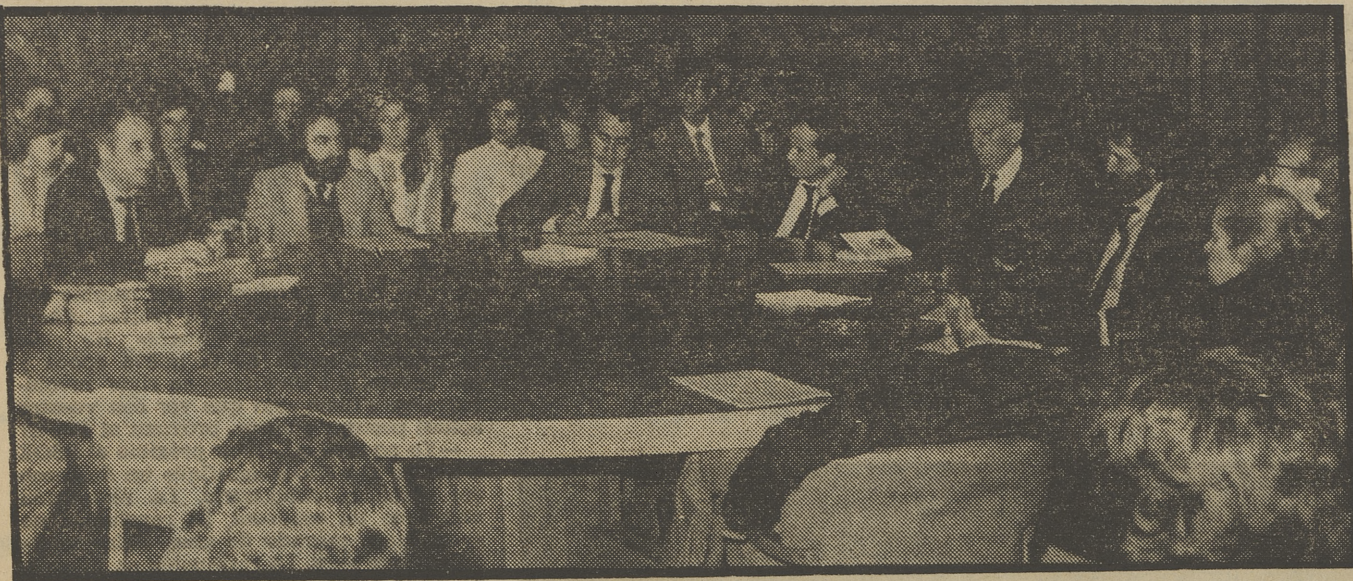
Otra visión de la oposición antifranquista

«La oposición política al franquismo», de Hartmut Heine, Ed. Crítica, Grijalbo



EL historiador Heine abarca en minucioso tratado la época comprendida entre 1939 y 1952, seguramente la menos estudiada y, por tanto, casi desconocida. Según Ángel Viñas, el historiador español que prologa el libro de Heine «esta lectura reverdece situaciones dramáticas, rescata para la gran historia el sacrificio de toda una serie de hombres y mujeres del pueblo llano que no dudaron en hacer frente, con escasas posibilidades, y en un clima generalizado de abatimiento, hambre y corrupción, a la omnipotencia de la BPS y demás mecanismos de la represión. En ella afloran, intermitentemente, el submundo de los golpes de mano y de los confidentes, de la difícil reinitación de la actividad política, de la guerrilla rural y urbana y de las omnipresentes divisiones...»

Iluminados y Conversos



Un premio manipulado y un presentador que habló durante una hora

El premio Cuco Cerecedo ya estaba concedido a Rafael Sánchez Ferlosio. Uno de los miembros del jurado recomendó a un posible optante que no participara: ya estaba dado. ¿Qué diría Francisco Cerecedo? Quienes le conocimos, sabemos muy bien que repudiaria el procedimiento o ironizaría sobre él desde su retranca gallega. No se puede decir que esté mal otorgado. Sánchez Ferlosio, a pesar de su escasa producción, es uno de los primeros escritores españoles. Con su aire bohemio, su deambular por los bares del barrio y su pintoresca maleta de madera al hombro, de vez en cuando suelta verdades como puños, escritas con un rigor implacable.

El no tiene la culpa de la manipulación. Son otros. ¡Caramba, Miguel Aguilar, tú que conociste tan bien a Cuco! Le recuerdo en su modestísimo apartamento de San Bernardo, cuando él y yo trabajábamos malpagados para una editorial sobre las biografías de Fidel Castro y el «Che» Guevara. Y en Argelia, cuando bebíamos el buen vino de la tierra y asistíamos por privilegio a las conspiraciones *ben-bellistas*. Y en situaciones peores, para él y para mí, su grande, humano, comportamiento. Y en situaciones mejores, viendo al Celta de Vigo en Chamartín. Está mal la manipulación de su nombre. Todos lo dicen.

Por cierto que en la cena restringida que se desarrolló en la noche de la concesión, bajo la presidencia de Felipe González, éste citó una anécdota de Cuco: para el periodista, en el amor había un centro, y en torno, un sistema de poligamia. Esta anécdota, señor presidente, no es de él, aunque le gustara. Es de Sartre y Simone de Beauvoir: el filósofo la había hecho pública por aquel entonces.

El homenaje a Savater, por su «Diario de Job», se las trajo. Elena Butragueño, la organizadora, no limitó el uso de la palabra. Resultado: un orador, Abraham, bien conocido en los medios literarios, habló durante una hora. El otro, Barnatan, más conocido todavía, durante cerca de media. Menos mal que Savater, lo hizo expeditivamente, despatchando su papel en tres minutos. De lo contrario, el cura Lezama tendría que habilitarnos camas en la plaza de Oriente.

Estuvo bien la presentación que Planeta dedicó al libro de Gómez Santos, «Españoles sin fronteras». S-lo queda uno vivo, Sánchez Albornoz, pero los demás estaban bien representados por sus descendientes, y Julio Caro Baroja habló como mandan los cánones, mientras Gregorio Marañón (hijo) trasegaba copas de «cuantró» como si fueran vasos de agua. En el homenaje a Sobrado Palomares, donde el profesor Tierno habló con su brillantez de siempre, todos se atragantaban. Estuvo mal distribuida la bebida. Martín Villa y el ministro Barriónuevo se retrataron abrazados.

Y en los hombres, lo que más cambia son las ideas.

ed El Sisiceto Turpartimente

Eduardo G. RICO

Tierno y la "Crónica bufa...", de Figuero

Una excelente lección del profesor

JAVIER Figuero, nuevo en esta plaza, es un viejo conocido de cuantos nos dedicamos a contar lo que vemos o lo que creemos ver, cada uno a su manera. La de Figuero es la sátira, un género que ha recobrado su antiguo vigor con la llegada de la democracia. Las libertades permiten burlarte, desde la ironía al sarcasmo, de cuanto te rodea, especialmente de la política y los políticos, que, como se sabe, en las dictaduras, constituyen un tabú, cuya transgresión se paga muy cara.

Pero la sátira de Javier Figuero no se encierra en los límites cómodos de la caricatura de grueso trazo, ni en la insinuación malévola, ni en la fácil extrapolación de situaciones. Figuero utiliza un método original. Se sirve del lenguaje de los siglos XVI y a veces del XVII para darnos la imagen de una realidad, la nuestra de ahora mismo, en clave de fábula, sin perder la referencia de lo que tenemos cerca, a nuestro lado. Es decir, ha elegido el estilo más difícil para relatar las cosas que vivimos cada día. Para ello, Emilio Romero lo subrayó en la presentación, se precisa un gran ingenio. Es verdad. Yo añadiría que también una capacidad excepcional para cobrar distancia, para ejercer eso que llamaba Bertolt Brecht, y que está probablemente mal traducido, la distanciamiento. Pero esto que nos rodea no es el teatro, sino la vida misma, según el tópico —que ya ha pasado hasta a la publicidad— y Figuero, hundido en esta vida, sabe captarla como si estuviera en una lejanía de siglos.

Dicen —decimos algunos— que el humorismo es siempre de derechas. Figuero va y nos demuestra que con la sátira puede intentarse, y conseguirse, lo contrario. Su «Crónica bufa del reinado de Juan Carlos I» —el profesor Tierno, su gran presentador, lo mostró y lo demostró— nos proporciona un contenido netamente liberal, que de ninguna manera se pone al servicio de la demolición de las instituciones democráticas. Antes al contrario, Figuero introduce recursos que aclaran al lector cuál es el camino que transita, la empresa en que se empeña.

Además de ser un gran libro, comprometido en el logro de la unidad de todos, en libertad, es también un ejercicio estilístico, realizado con la meticulosidad de un orfebre de la palabra, la de hoy y la de ayer. En efecto, cada frase revela una elaboración de la expresión, de la imagen, como nunca se ha hecho en este país. Su lectura es un goce. En este tiempo en que lo mostrenco y lo vulgar se adueñan del lenguaje doméstico y del público es un placer recrearse en esta prosa que Javier Figuero ha construido, quizá con un esfuerzo que los profesionales de la palabra desdeñamos en aras de la facilidad y la rapidez, para contarnos, de otra manera, las cosas que hay que saber y decir, aunque sólo sea para persuadirnos de la riqueza del idioma con que cambiamos nuestros pensamientos, que él, y muy pocos más, saben aprovechar.

Entre esos pocos, y con gran estilo y sabiduría, se encuentra el profesor

Tierno Galván, que, en el acto de presentación del libro de Figuero, pronunció una auténtica y amena lección del uso del lenguaje clásico. El profesor Tierno siguió la vía más auténtica y de mayor legitimidad: descubrió los ancestros culturales del libro a través de la evocación de las más importantes obras satíricas de la historia literaria nacional: Quevedo, «Las coplas de la panadera», etcétera. Negó el profesor que «El Francesillo» hubiera influido sobre el autor en la misma medida que otros. Y discutió incluso, con Figuero, que las «Cantigas de escarnio», de la literatura galaico-portuguesa, que el profesor conoce bien, hubieran ejercido la influencia que el autor las atribuía, a pesar de que éste había confesado que sentía cierta herencia de estas composiciones.

La intervención del profesor Tierno, que constituyó, como más arriba decimos, una verdadera lección magistral sobre este asunto, que él tan excelentemente conoce, como en tantas ocasiones anteriores ha demostrado, fue seguida con gran interés por la numerosa asistencia, que dedicó una larga ovación al orador.

El libro ha sido hermosamente editado, al estilo de la época del lenguaje elegido por el autor. Quizá el hecho de que no lo haya incluido en el catálogo de una gran editorial le reste la difusión que realmente merece, pero tendrá, con toda seguridad, un buen recibimiento entre los amantes de la buena literatura.

EXTRAORDINARIO DE VERDAD

En el Sorteo Extraordinario de la Cruz Roja nos jugamos mucho: conseguir que la vida de muchas personas corra mejor suerte. Participe en el Sorteo Extraordinario de la Cruz Roja. Extraordinario de verdad.

1.º Premio, 40 millones,
2.º Premio 20 millones 3.º Premio, 10 millones

Lotería Nacional.  Burgos, 4 de Junio.
SORTEO EXTRAORDINARIO DE LA CRUZ ROJA

Iluminados y ConVersos

JORGE Martínez Reverte ha escrito un nuevo libro: «Gálvez, en Euskadi». Gálvez, cuyas aventuras y desventuras ya conocen tantos lectores —y tantos aficionados al cine, a pesar de que la película no tuvo la difusión que merecía—, está de nuevo en acción. Se conoce bien en este país a Jorge Martínez Reverte, uno de los periodistas más inquietos entre cuantos piensan que la información es algo más que una acumulación de datos. Ha escrito en «Cambio 16», «Posible», «Ciudadano», «La Calle», «El País», y ahora inicia una nueva aventura periodística en tierras latinoamericanas. Esta es su tercera novela, la segunda con Gálvez de protagonista. La otra, «El mensajero», constituye un excelente ejercicio formal, además de un relato de intriga de primer orden. Hay que destacar la labor político-ideológica de Jorge M. Reverte en «Zona abierta» y «En teoría», casi siempre al lado de Ludolfo Paramio.

—Parece ser que hay un intento, especialmente por parte de los que cultiváis esta clase de novela en la que se combinan el género «negro», lo sociológico y lo político, de crear un personaje cuyas «aventuras» se prolongan libro a libro. ¿Es una moda comercial? ¿Es un recurso novelístico fácil? ¿Es un modo de personificar al propio autor dentro de la historia que se relata?

—La intención, desde luego, no es aceptar una moda comercial, ni se trata de un recurso novelístico fácil ni hay personificación dentro del personaje. Puede decir, de una manera simple, que de lo que se trata —o que lo que yo trato— es de contar una historia, con un personaje que los lectores vean vivo y que, además de eso, se entretengan leyendo sobre sus peripecias. Me parece que esos propósitos, si crean moda, pues tanto mejor; me parece que hacer tal cosa puede ser un recurso novelístico, pero desde luego nada fácil, y me parece, en fin, que en una historia que es ficción —y la novela casi siempre es ficción— no es fácil encajar la personalidad o la biografía de uno mismo.

—Está de moda definir lo que surge con el calificativo de «nuevo». Nuevo periodismo, nueva novela, etcétera. ¿Hay parentesco entre el fenómeno tal como aparece en distintos países? Naturalmente queda excluido el «nouveau roman» francés, que va por otro camino.

—El nuevo periodismo, para mí, es el viejo periodismo. O si lo prefieres, el periodismo eterno. Consiste solamente en contar algo que pasa, contarlo con la mayor cantidad de datos posibles, y contárselo bien al lector. Respecto a la «nueva novela», pues igual. No hay novelas nuevas o novelas viejas. Hay novelas malas y novelas buenas. El reto es, precisamente, hacerlas bien.

—Gálvez, en el País Vasco, en Euskadi. Esto supone una implicación directa en el problema fundamental de ese país. ¿Qué hace Gálvez en Euskadi? ¿Qué hace Martínez Reverte en Euskadi? ¿?

—Gálvez, en Euskadi, lo que hace es intentar ganarse la vida. Y luego, pues le pasan muchas cosas que él no había previsto. Lo que hace Martínez Reverte en Euskadi, en tanto que persona, es intentar saber qué pasa allí, intentar entenderlo fuera de tópicos y esquemas. Lo que hace Martínez Reverte en Euskadi, como escritor, es buscar el paisaje de su novela.

—Es inevitable una pregunta: ¿Qué piensa Martínez Reverte de ese problema fundamental y de sus manifestaciones más violentas?

—Yo pienso que el problema de Euskadi es, en esencia, una cuestión política. Creo que hay una tendencia mesetaria a entenderlo mal, y, claro, de ahí surgen soluciones esperpénticas. Contra la violencia estoy, desde luego, porque un hombre civilizado no puede admitir la violencia como solución política nada más que cuando es una respuesta a la violencia. En países oprimidos por el fascismo a lo mejor la única salida es la guerrilla. En países donde la democracia gana paso

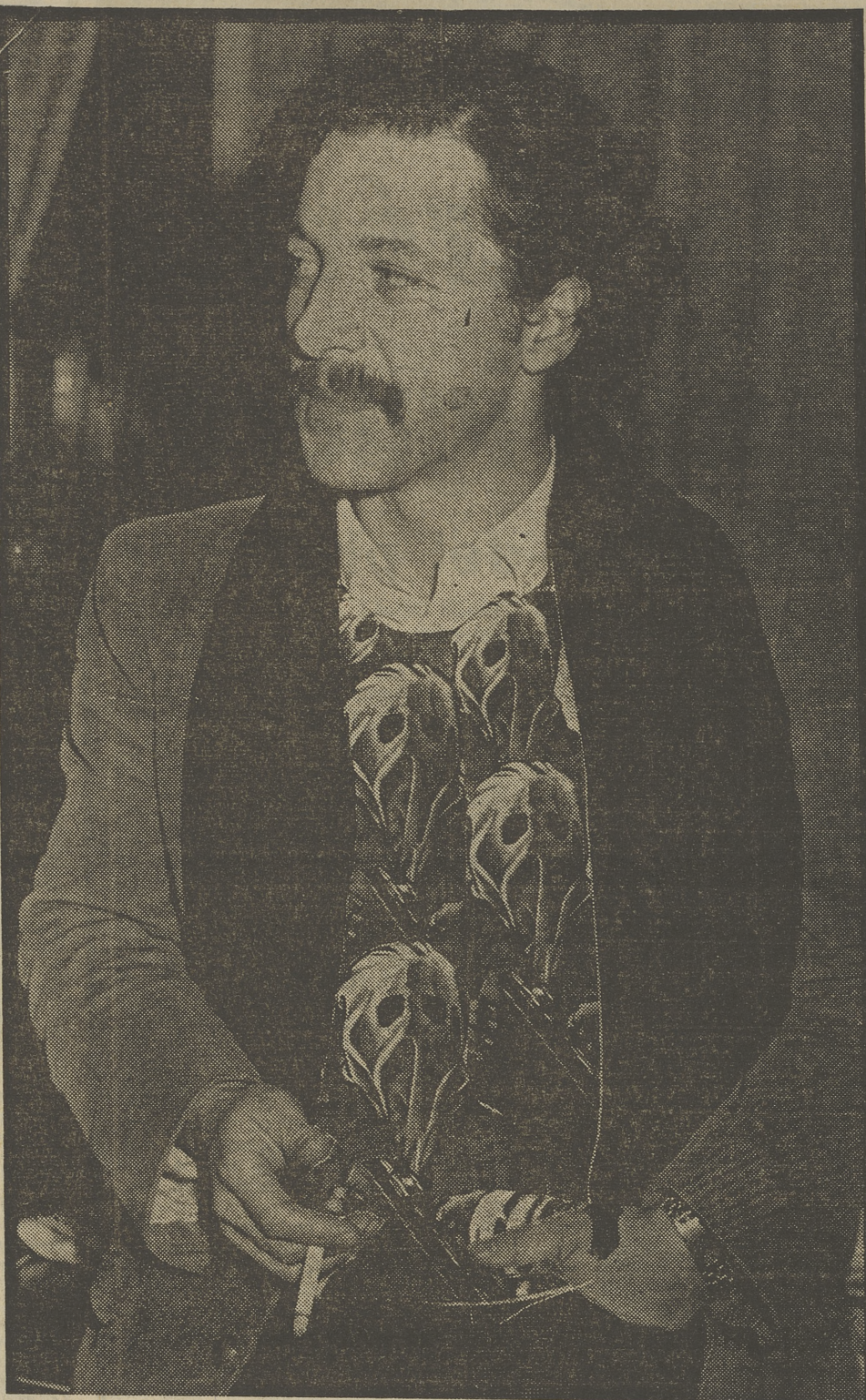
La última novela de Jorge Martínez Reverte

a paso y se amplían los márgenes de la libertad, la violencia es sólo una provocación. Los problemas de Euskadi pasan, necesariamente, por una solución política.

—Engels ha escrito que la violencia es la partera de la Historia. ¿Desde tu neomarxismo de hoy compartes este pensamiento?

—No me gusta el calificativo de neomarxista. Prefiero definirme como una persona que analiza el presente a través de una metodología en la que el marxismo —al que en nuestro tiempo es imposible sustraerse— cumple un papel fundamental. La violencia puede ser partera de la Historia. Pero también lo puede ser el voto de los ciudadanos. La lucha de clases, si nos ponemos a hablar en terminología marxista, no tiene por qué pasar necesariamente por la vía de la violencia.

—Tú has sido, con Paramio, el promotor y alentador de dos de las publicaciones más rigurosas y, a la vez, populares sobre



GÁLVEZ, EN EUSKADI

*El periodista vive
intensamente la desgarrada
realidad del País Vasco*

El autor quiere saber qué pasa allí y entenderlo

el tema de la revolución, del cambio social, «Zona abierta» y «La teoría». Ahora vuelve a salir «Zona abierta». He visto el primer número de la nueva época y me parece que desciende su rigor revolucionario. ¿Tiene esto que ver con vuestra actual postura política, próxima al PSOE?

—Yo no creo que estar próximo al PSOE o dentro del PSOE signifique un descenso del rigor revolucionario. La revolución nunca es un esquema. La revolución no es el fuego sagrado de unas siglas, cualquiera que sean. La revolución es, además de otras cosas, cambio social. Y hoy por hoy en España me parece que el cambio pasa sólo por el análisis y la estrategia organizados por el PSOE. Si, a la postre, ese análisis y esa estrategia salen mal, pues habrá que buscar otras vías de acción, otras estructuras para cambiar las cosas. ¿Pero qué partido puede hoy afirmar en España que tiene en sus manos el fuego de la revolución? Desde luego no la extrema izquierda, que ha convertido casi en club de amigos sus diferentes organizaciones. Y, desde luego, no el PCE, que se ha visto abocado casi a ser un partido testimonial.

—¿Piensas que ha existido en España un fenómeno semejante al de Bad Godesberg?

—Aquí no hacía falta ningún Bad Godesberg.

—¿En qué medida la literatura puede contribuir al «cambio» político?

—No creo que la literatura tenga que contribuir al cambio. Lo que creo es que el impulso del cambio debe impulsar el enriquecimiento de la literatura. Más que un problema literario, es un problema cultural. Vivimos en un país donde la cultura permanece casi dormida por los mismos de siempre, curiosamente aquellos que han pasado por encima de los últimos cambios políticos, que han sido muy profundos. Yo creo que es necesario articular una política de cambio político, que devuelva la cultura a la calle y no la deje encerrada en las manos de los «círculos sagrados de la cultura». Hace falta esa política cultural. Con ella cambiará la literatura. Naturalmente, siempre que haya escritores de talento.

—Hay unos poderes culturales establecidos y muy sólidos. ¿Cómo romper sus estructuras?

—Pues de esa forma que te he dicho: haciendo que los poderes culturales sean patrimonio de todos, y no de unos cuantos exquisitos.

—¿Adónde mandarás a Gálvez ahora? ¿A Panamá, que es tu próximo destino?

—Bueno, Gálvez va a su aire. Generalmente a donde la vida le manda. No es un hombre con grandes posibilidades de escoger. Y además, yo no puedo mandar sobre él. Gálvez va a su aire, y no me respeta nada. Es un verdadero discolor. Así le va.

—¿Qué parentesco encuentras entre literatura propiamente dicha y periodismo?

—Pues, en primer lugar, que tienen el mismo instrumento: la máquina de escribir. Luego hay una diferencia: el tratamiento. No puedes escribir de la misma manera una crónica que una novela. La

novela tiene su estructura y la crónica la suya. Son cosas distintas.

—¿Cuáles son tus autores y libros favoritos y de qué modo te han influido?

—Mis autores favoritos son todos aquellos que me entretienen, que me enseñan y que me sugieren. ¿Para qué enumerártelos? Son mis amigos secretos, mis amigos y mis cómplices de las estanterías. En cuanto a los libros, tengo muchos favoritos, demasiados como para ponerme a hacer una lista. Me olvidaría quizá de algunos y eso no sería justo.

—¿Qué es para ti eso que se llama vocación?

—Tan sólo un interés por hacer cosas que estén bien hechas. Es una cuestión de límites. Yo no podría tener vocación de cantante porque tengo mal oído. La vocación la dirijo por aquellos caminos en los que yo creo que puedo hacer mejor las cosas.

E. G. RICO